

A portrait of Octavio Centurión, a man with a full beard and mustache, wearing a dark blue or black high-collared garment with a gold chain. He is looking slightly to the right.

Octavio Centurión,  
el financiero de  
los Austrias

UN  
BANQUERO EN  
EL SIGLO DE ORO

CARMEN SANZ AYÁN



Carmen Sanz Ayán

# UN BANQUERO EN EL SI- GLO DE ORO

Octavio Centurión, el financiero de los  
Austrias

Director de la colección: Alfredo Alvar Ezquerra, profesor  
de Investigación del CSIC

*A José Luis, siempre.  
Por sus palabras cariciosas, por sus  
tiernos silencios.  
Por su esmerado estar, por su cui-  
dado ser.*

## PRESENTACIÓN. A QUIEN LEYERE

Carmen Sanz Ayán es catedrática de Historia Moderna en la Universidad Complutense de Madrid. Asimismo es académica numeraria de la Real Academia de la Historia.

Dos han sido —fundamentalmente— las líneas científicas de trabajo que ha ido desarrollando a lo largo de su carrera. Por un lado, la historia social del teatro y, por otro, la de las finanzas en la Edad Moderna. Ahora bien, no por esa dedicación podemos olvidarnos de que ha dedicado horas, esfuerzos e ilusiones a ser profesora de Universidad, con todo cuanto ello supone.

No voy a detenerme en sus estudios sobre historia del teatro. Baste decirse que cuando ingresó en la Real Academia de la Historia (26-II-2006), pronunció su discurso sobre el teatro palaciego en tiempos de Carlos II. Con ese texto culminaba una larga y prolífica actividad de investigación sobre la historia de los autores de comedias, las compañías de comediantes, los públicos, los espacios de representación, la legislación y la vida, en fin, alrededor de las tramosyas.

Pero ahora he de referirme a la otra línea de trabajo. En 1989 publicaba su obra sobre *Los banqueros de Carlos II*. Se trataba de su tesis doctoral, dirigida por el profesor Alcalá Zamora y Queipo de Llano. En la historiografía española se venían planteando una serie de preguntas desde tiempo atrás: el quién o el cómo se financió la monarquía del último de los Austrias: ¿eran extranjeros o españoles? ¿Con qué cantidades sostenían el edificio político? ¿Qué responsabilidad tuvieron en las medidas económicas adoptadas —sobre todo— alrededor de 1680? Y Carmen Sanz fue dando respuesta a estas y otras muchas preguntas, de tal

manera que quedaba completado el devenir cronológico cubierto por los estudios —entre otros— de Carande para los banqueros de Carlos V, Ulloa para la Hacienda de Felipe II y Domínguez Ortiz o Álvarez Nogales para el mundo económico de los reinados siguientes.

Aquellas investigaciones de juventud continuaron su maduración con el trascurso del tiempo. El trabajo bien hecho se ha visto recompensado mientras este libro estaba en producción: en 2014 recibió el Premio Nacional de Historia por su *Los banqueros y la crisis de la Monarquía Hispánica de 1640*. En verdad que, aunque el galardón aplaudiera una obra, bien se puede interpretar como el reconocimiento a una trayectoria. Lo más admirable es lo que le queda por hacer, visto lo hecho hasta ahora.

El libro que tienes entre las manos, buen lector, es una garantía de calidad. Desde el punto de vista metodológico, es impecable. A Carmen Sanz, como a los historiadores de la generación de 1960, nos enseñaron nuestros maestros que sin archivos, no hay manera de escribir Historia. Ese principio lo hemos transmitido nosotros también y desde hace décadas, es evidente que epistemológicamente se produjo una revolución en el quehacer de los historiadores españoles. Precisamente, la de la pulcritud metodológica. Hay redactores que no saben paleografía, o que son incapaces de redactar un estado de la cuestión del tema que quieren desarrollar, y que como van a redactar (¡a veces de qué santa manera!) cosas del pasado se dicen «historiadores». En realidad son contadores de historias, usadores del lenguaje y la imaginación. El historiador, por el contrario, se ve impelido a buscar solo y exclusivamente la *verdad* de las cosas. No la belleza en la exposición de lo que uno se figura. Esto no quiere decir que el historiador no deba recrearse en la calidad literaria del estilo que utiliza. Por desgracia, corrientes historiográficas materialistas-históricas (y asimila-

bles) dieron al traste con la capacidad creadora del historiador, con que el historiar fuera un «género literario». Y los historiadores, a golpe de subir y bajar por gráficas que parecían montañas rusas, perdimos la libertad creadora; dejamos de saber escribir, de seducir al lector con nuestra elocuencia. Una tragedia.

Como consecuencia de tal desatino, nos encontramos con la carencia en España de una tradición de divulgación del conocimiento histórico hecha por historiadores. Y, como consecuencia de ello, nuevamente, una gravísima perversión: la sociedad en general, y la española en particular, siente la necesidad de leer textos de Historia, quiere aprender. Pero si los historiadores no somos quienes lo hagamos, lo harán otros. Será como si la astronomía la explicaran astrólogos y aun videntes.

El espacio de la «narración de la historia» debemos ocuparlo los historiadores. Desde nuestra conciencia epistemológica, desde el rigor y la facilidad en el manejo de las fuentes, desde la aportación de nuevos problemas o soluciones a preguntas que podemos hacer por nuestros conocimientos. Desde el coraje de hacerlo, la valentía de enfrentarnos a los vicios de grupo; rebelándonos contra las imposiciones del «sistema».

Por ello es tan importante el esfuerzo de una empresa privada, La Esfera de los Libros, que presta atención a una manera innovadora de presentarnos ante el público. Cada vez más iremos ocupando los espacios que nos son propios y se irá perfeccionando la narración de la historia. Lentamente iremos derribando muros o quitando anteojeras que nos incomodan.

El libro de Carmen Sanz, su biografía de un banquero del Siglo de Oro, Octavio Centurión (1575/1578?-1653), es todo un atrevimiento. ¿Le puede interesar al gran público? Ya lo veremos. Con que les interese a quienes les gusta

leer, o a quienes el texto de anuncio publicitario no les parece un tostón por largo, nos daremos por contentos.

A mi modo de ver, estructural o técnicamente, el libro se divide en tres grandes bloques implícitos y en nueve capítulos: en primer lugar, una visión general sobre el mundo genovés y las circunstancias históricas que lo configuran como una res-pública mercantil vinculada al Mediterráneo Occidental. Ello tuvo unas consecuencias históricas inmensas: Colón era genovés y él, como tantos y tantos de su nación, se estableció en Andalucía con redoblada intensidad después de la Paz de Lodi. Como Carmen Sanz pone de manifiesto, la vida social de la república tenía, como todas las organizaciones sociales, muchos problemas, o muchas oportunidades, según de qué lado estuvieran el individuo y su linaje. De aquellos procesos de exclusión nacieron alianzas oportunistas; entre otras, con la monarquía española. Génova pasó a ser una pieza del rompecabezas, del «imperio funcional» (A. Musi) que constituyeron los territorios de la monarquía de España. Se ha dicho que como los Felipes dependieron de las ayudas económicas genovesas, se debería hablar de un «imperio genovés»... ¿pero como la defensa de la península ibérica dependía de la estabilidad cristiana de la Itálica, tampoco sería un «imperio español»?

No, en realidad, como se trataba de un sistema funcional plurinacional y bihemisférico, todos jugaban su papel y cada uno tenía su quehacer. Donde algo se derrumbara o colapsara, podía llevar a lo demás a tambalearse.

Impresionante construcción política interconectada durante dos siglos (o más), con una infinita capacidad de pacto con las oligarquías territoriales, a las que se les permitía disfrutar de sus fueros a cambio de la lealtad al rey común y a la religión de todos... salvo excepciones pactadas —de nuevo—. Y si no se llegaba a poder pactar la excepción, tronaba el ruido de atambores, pífanos y arcabuces.

Una vez visto el ambiente social, institucional e incluso constitucional, Sanz Ayán nos ofrece la posibilidad de adentrarnos en el «patrimonio dinástico» de los Centurión. El niño Octavio fue educado y culturizado en el mundo de los negocios. Ese era el ser natural del banquero prototípico del Renacimiento tardío. En la transición del siglo xvi al xvii, establecido al calor de la monarquía católica, en donde se negociaba como en ningún otro sitio del mundo útil, siguió aprendiendo y aplicando sus experiencias. Para ello, hubo de aportar también un rasgo de su carácter personal: el riesgo, la agresividad en las negociaciones.

Lograda la consolidación de su lugar en la corte de Felipe III (sería muy sencillo usar ahora el juego de palabras de «logrado su asiento»), conoció momentos de gloria, que rápidamente se tornaron en pesadillas por la suspensión de pagos de 1607. No obstante lo cual, siguió gestionando sus recursos para no acabar desechado. Nuevamente es asombroso ver cómo se sitúa a la cabeza de toda la estrategia de préstamos a la real hacienda. Por ello, se le «visita», se le abre una profunda auditoría en la esperanza de poder acabar con él por la vía judicial, toda vez que no era posible derrocarlo de otra manera...

Él aguanta. La salud del rey Felipe, el tercero de ese nombre, no. Se murió en 1621. Los años de la madurez de Octavio (según Sanz Ayán de 1621 a 1640) debieron ser fascinantes en su fuero interno. Tiempos de calamidades, sí; pero también tiempos para demostrarse uno a sí mismo su capacidad de supervivencia, gracias a sus experiencias, a sus conocimientos, a sus aprendizajes. Así es como, en medio de las zozobras del reinado de Felipe IV, en tiempos de un enriquecedor marasmo financiero, en donde la imaginación tenía que ponerse al servicio del llenado de las arcas reales; en medio de un crisis, sin la que no habría habido modernización financiera y a finales del siglo xvii todo ha-

bría seguido siendo como en los años 20 del siglo XVI, en medio de todo ello, Centurión, con su admirable capacidad de adaptación, fue logrando innovadores espacios de gestión, hasta llegar al culmen, el nombramiento de tesorero de la reina.

Uno de los báculos que supo manejar con inusual destreza fue el de las estrategias sociales cualitativas: un buen matrimonio, un título italiano de menor presencia, pero título al fin; hábito de órdenes militares en Castilla, de Santiago y de Alcántar (¡el hombre de negocios que podía demostrar su limpieza de sangre!), marqués de Monesterio y, en fin, un estar noble sin ser noble, sino ennoblecido.

Él que era y se sentía genovés, pero que también era súbdito de los Felipes y afincado en su corte.

En efecto, algo tiene la cuna, la naturaleza, que tira: a la vez que vivía la inmediatez de lo anterior, informaba a Génova de cómo iban las cosas por la monarquía de España y de hecho actuaba como embajador, como defensor, de Génova en estos lares. Individuos, grupos de pertenencia, grupos de referencia: tres elementos cuyas combinaciones, equilibrios y desajustes explican muchos de los comportamientos del ser humano.

A la vez que desempeñaba ese lícito doble juego (porque era, insisto en ello, sobre todo súbdito del rey católico, natural de Génova, afincado en Madrid), calmaba su conciencia. El temor de Dios, el temor a la muerte —y al más allá— les conmovía. Y, por si acaso, les inducía a diseñar elocuentes acciones filantrópicas y caritativas. Porque la conciencia (la mala conciencia) siempre se ha lavado con grandes obras de caridad y socorro al prójimo.

En fin: la vida siguió su devenir ordinario. Conoció otra nueva suspensión de pagos, pero ya apenas pudo disfrutar de cómo se sobreponía a ese descalabro. Murió en 1653.

La herencia cuantitativa y cualitativa que dejó a Domingo no fue escasa.

Así es como Carmen Sanz nos adentra en esta obra de un maestro en la vida pública, privada e íntima; en la vida cotidiana y en la financiera de un banquero del Siglo de Oro y las fortunas e infortunios que le tocó vivir.

Así es como Carmen Sanz, con su rigor científico, el escrúpulo en el manejo de las fuentes de archivo de España e Italia, y con goce a la hora de escribir, nos adentra en aquellos tiempos fascinantes y tan complejos que fueron nuestros Siglos de Oro.

Desde el Barrio de las Letras de la corte,  
ALFREDO ALVAR EZQUERRA

## INTRODUCCIÓN

El 23 de septiembre de 1630, casi diez años después de que el rey Felipe IV ocupara el trono español, Francisco de Quevedo enviaba una carta a su amigo y protector el joven VII duque de Medinaceli, D. Antonio Juan Luis de la Cerda, en la que contaba un caso gracioso que había presenciado. Según su relato, alguien que ejercía de bufón o lo parecía —un tal Alonso Toribio— había protagonizado un instante de auténtica diversión mientras se hacía pasar por hombre de banca.

La excepcional prosa de Quevedo narra, mejor que cualquier glosa, la frescura del episodio:

¿Cómo diré yo a vuecelencia el regocijo que me dio ver a Alonso Toribio hecho hombre de negocios dando letras? En mi vida he reído tanto como cuando vi una firma escrita con escarabajos despachurrados. Vuecelencia haga que le confirme el obispo de los ginoveses y que del Alonso le haga OCTAVIO y del Toribio, CENTURIÓN.<sup>[1]</sup>

La última frase del párrafo es una carta de presentación excepcional para iniciar la biografía del protagonista de este libro, ya que Quevedo proponía, «a lo jocosos», que aquel personaje con ínfulas impostadas de negociante que tanto le había hecho reír debía ser rebautizado por un burlesco «obispo de los ginoveses» mediante un sacramento de «confirmación carnavalesco». El nuevo nombre que proponía el insigne Quevedo como antítesis del hilarante Alonso Toribio no era otro que el de OCTAVIO CENTURIÓN. Un nombre que en su época —tanto para el literato como para el culto y poderoso noble que recibía la noticia— era el ejemplo más acabado de un gran hombre de negocios.

Octavio Centurión (1578-1653) fue, ciertamente, el financiero más influyente de la primera mitad del siglo XVII. Una época en la que el complejo entramado político conocido como la «Monarquía Católica» o la «Monarquía de España» —que territorialmente abarcaba la península ibérica, los Países Bajos, buena parte de la Italia actual y los virreinos americanos— era todavía la primera potencia hegemónica de Europa.

Nuestro protagonista vivió su niñez y adolescencia durante el reinado de Felipe II; su primera juventud y el asalto en primera persona al mundo de la alta finanza en el de Felipe III, y su madurez y consolidación social en el de Felipe IV. En ese largo tiempo nunca nadie, ni antes ni después de él, fue capaz de hacer un adelanto de dinero tan importante como el que él protagonizó en 1602: 10 millones de ducados en tres contratos, uno de los cuales ascendía por sí solo a 7.200.000. Ese único «asiento» —que con ese nombre se conocía a estos acuerdos de financiación—, equivalía al presupuesto completo que requería Felipe III para todo el funcionamiento de la monarquía durante un año en los periodos de guerra abierta en Flandes. Con razón fue conocido como el «Asiento Grande». Ese gesto debió de justificar la fama de Octavio Centurión entre los coetáneos y el que su nombre resultara muy conocido tanto en los círculos cortesanos como en los populares.

Un nombre que no procedía de los reinos ibéricos, como señalaba también Quevedo en su carta a Medinaceli cuando requería la intervención del «obispo de los ginoveses» para rebautizar a Alonso Toribio. Y es que Octavio Centurión era genovés.

Sin atreverse a nombrar a estos genoveses directamente, Quevedo, en un texto publicado dentro de sus *Sueños*, que debió de redactar entre 1606 y 1607 —en pleno apogeo de los negocios de Octavio Centurión, como veremos

—, daba esta crítica visión de las actividades que llevaban a cabo en España cuando afirmaba en su *Alguacil alguacilado* por boca de un licenciado calabrés que dialogaba con el diablo que:

Habéis de saber que en España, los misterios de las cuentas de los extranjeros son dolorosos para los millones que vienen de las Indias y que los cañones de sus plumas son de batería contra las bolsas y no hay renta que si la cogen en medio el *Tajo* de su pluma y el *Jarama* de su tinta no la ahoguen; y en fin han hecho entre nosotros sospechosos este nombre de *asientos*<sup>[2]</sup> que como significaban otra cosa que me corro de nombrarla, no sabemos cuando hablan a lo negociante y cuando a lo deshonesto. Hombre destes ha ido al infierno que viendo la leña y luego que se gasta, ha querido hacer estanco de la lumbre y otro quiso arrendar los tormentos, pareciéndole que ganara mucho con ellos. Estos tenemos acá (en el infierno), junto a los jueces que allá lo permitieron (en la tierra). <sup>[3]</sup>

Esta era la subjetiva y crítica visión de Quevedo sobre los hombres de negocios genoveses,<sup>[4]</sup> aunque resulta innegable que los Austrias necesitaron de sus múltiples servicios. La investigación histórica de los últimos decenios ha puesto especial énfasis en el acceso y en el protagonismo privilegiado que alcanzaron en el sistema hispano-imperial de los siglos XVI y XVII.

No es posible entender el funcionamiento de aquel entramado político durante un periodo tan largo de tiempo, sin conocer la actividad que desplegaron en Europa y particularmente en España. Unos hombres de negocios tan poderosos que hubo momentos en los que parecía que el futuro mismo de la monarquía dependía, en última instancia, de sus decisiones. Para enfatizar con cierta exageración esta circunstancia, se ha llegado a afirmar que más que hablar del Imperio Español para esta época, sería más adecuado hablar del «Imperio Genovés».<sup>[5]</sup>

Es innegable que Octavio Centurión, o si se quiere Ottavio Centurione —como lo encontramos nombrado en las fuentes genovesas y como él mismo firmaba durante las dos primeras décadas del siglo xvii en los documentos oficiales y notariales validados en Castilla—, fue uno de los máximos exponentes del «poder genovés». Por esta razón, al elaborar su biografía resulta imprescindible aludir a su tierra natal, al origen de su familia y de sus negocios; en definitiva, a las gentes y a las circunstancias de su entorno originario. Incluso cuando Octavio estuvo firmemente establecido en Castilla décadas después, nunca dejó de ser genovés, y de hecho actuó como embajador oficial de la *Signoría* en algunos periodos. Sin embargo esta marcada filiación genovesa no fue obstáculo para que, al mismo tiempo, lograra ser exponente ejemplar de una nueva nobleza de origen financiero dedicada al servicio de la Monarquía Hispánica y radicada en Castilla.

Mientras Octavio Centurión gestionaba o prestaba ingentes cantidades de dinero a demanda de la monarquía como el hombre de negocios que fue, se convirtió en caballero de Santiago primero, más tarde en caballero de la Orden de Alcántara y desde 1632 en marqués de Monesterio. Un noble titulado castellano, aunque antes había logrado otro título nobiliario en Nápoles. También ocupó de forma simultánea plazas de consejero, tanto en el Consejo de Hacienda como en el de Guerra, y sirvió en altos puestos cortesanos primero como mayordomo mayor de la infanta María Teresa, la hija mayor de Felipe IV, y más tarde, como tesorero de las dos esposas de este monarca, de la reina Isabel de Borbón y de Mariana de Austria, hasta llegar a ser mayordomo de la soberana en sus últimos días.

Los orígenes de su fortuna, sus resortes ejecutivos —heterodoxos en varios momentos—, sus anclajes con los poderes periféricos, centrales, regionales, locales o cortesanos

y su influencia política a distintos niveles, siempre estuvieron trufados por el carácter mixto de su adscripción castellana y ligur. Esta doble filiación no solo habla del personaje, también da indicios claros de la particular naturaleza de aquel magno entramado político que fue la Monarquía Hispánica, en la que se necesitaban gentes que procedían del exterior del sistema, para incrustarse con eficacia en sus estructuras de poder y hacerlas funcionar. Como tendremos ocasión de apreciar Octavio, Centurión se convirtió en una suerte de «criatura política híbrida» y esa mutación facilitó la culminación de su exitosa trayectoria personal al tiempo que se convertía en una pieza imprescindible de la maquinaria militar y representativa de una monarquía transnacional como la de los Austrias. Una monarquía que necesitaba los servicios de estos particulares «conectores» sin los cuales su supervivencia como ente político plurinacional durante al menos dos siglos no hubiera sido posible.

Descubrir el periplo vital de un personaje tan interesante y tan poderoso en su tiempo como Octavio Centurión no ha sido tarea sencilla. Su presencia en el devenir histórico hispano durante el siglo XVII había quedado muy diluida; dispersa en detalles fragmentados que difuminan la auténtica importancia y el protagonismo de un personaje complejo y completo en un periodo de gran trascendencia histórica. Esto es así no solo porque el paso del tiempo ha hecho que se desvanezcan aquellos vestigios existenciales pensados por él mismo para perdurar, sino porque las estrategias de visibilidad e invisibilidad social de su descendencia borraron a sabiendas el recuerdo de algunas de sus más definitorias características.

Para entender al individuo que fue es preciso analizarlo desde la complejidad de sus múltiples relaciones. Desde sus distintos contextos profesionales, políticos, culturales o religiosos, porque durante la época en la que vivió y, en ge-